

Guillermo Zermeño

Repensando la historia, el eurocentrismo y el historicismo desde América Latina

1 Introducción

La siguiente aproximación se basa en algunas investigaciones realizadas sobre la historia de la historiografía moderna. Se parte de la hipótesis de que el modelo historiográfico que rige la disciplina de la historia (que conjuga una relación particular entre el tiempo y el espacio), tras siglo y medio de existencia, ha entrado en crisis en las últimas décadas del siglo XX. Y esta situación crítica no compete sólo a la Europa oriental u occidental, sino afecta por igual a la constelación llamada desde el siglo XIX América Latina para distinguirla de la sajona. Esto significaría que estamos siendo testigos (como académicos) de una reconfiguración del mapa mundial que invita a repensar la historia y sus formas de escrituración. Una reconfiguración, asimismo, que afecta sus relaciones con otras disciplinas afines de las humanidades (como el arte, la literatura y la filosofía) y de las ciencias sociales (como la antropología, la sociología o la ciencia política). Es verdad que esta transformación puede verse desde hace tiempo en sus formas narrativas de restituir el pasado y de representarlo,¹ que incluye a su vez el retorno del sujeto-historiador-observador reflexivo que se hace cargo de la historia al momento de narrarla. Ahí aparece un observador situado en los intersticios que marcan la diferencia y la distancia entre el pasado ya sucedido y el presente en constante actualización de cara al futuro, en un constante tránsito entre el pasado y el futuro. Esta ubicación intermediaria de estar entre-espacios, entre-disciplinas, entre-historias, entre-tiempos y culturas abre el compás idóneo para trascender toda clase de etnocentrismos y localismos de raigambre nacionalista al modo del siglo XIX. En ese sentido, estar entre dos puede convertirse en una fórmula *teórica*, es decir no propia del sentido común, que invita a disminuir y transformar las oposiciones tradicionales existentes entre disciplinas, naciones y tiempos, para tratar de entender y situar lo que está teniendo lugar en el entorno de la *crisis* actual marcada por el incesante movimiento, no solo de poblaciones, sino entre mundos, espacios, disciplinas, y culturas.

Situados en este lugar, en este ensayo se parte de la revisión del cronotopo historicista clásico o régimen de historicidad modernista que da marco todavía

¹ Remito a mi ensayo: Explicar, narrar, mostrar. Danto, Habermas, Foucault y la Historia. En: *Historia y Grafía* 24 (2005), p. 151–192.

en buena medida a nuestro presente.² Se trata de volver la mirada hacia nuestro pasado inmediato a fin de poder *provincializar* la influencia de Europa,³ así como de *des-provincializar* a América Latina. Con la conciencia de que a estos esfuerzos les preceden proyectos como los de Susanne Klengel y Manuel Suárez Cortina.⁴

Una primera exploración de esta problemática se encuentra en mi ensayo «El *cronotopo* moderno de la historia y su crisis actual».⁵ En esta nueva incursión, por tanto, habrá algunas referencias a dicho ensayo, a cambio de intentar centrar la reflexión en el tópico de la crisis de las filosofías de la historia que enfática o subrepticamente pueden seguir marcando nuestras narrativas históricas y sus formas de politización. En ese contexto pienso que al asumir la crisis del modelo historicista heredado se pueden abrir espacios de diálogo a partes iguales entre diversas regiones y culturas, como son las que puede haber entre América Latina y Europa del Este en vistas a la reflexión y clarificación del momento histórico crítico en el que estamos y sus posibilidades.

Y es que, me parece, en el trasfondo de las siguientes reflexiones está la sombra y fantasma de un cierto eurocentrismo encubierto, que, a pesar de buenas intenciones, podría seguir acechando, en medio de la crisis, en algunos enfoques latinoamericanistas o mexicanistas y este-europeos al no querer asumir las implicaciones del ingreso en una etapa post-historicista y post-imperial alrededor de la historia. Es decir, dado el carácter que han tomado los acontecimientos después de

2 El «régimen de historicidad» es concebido como una categoría heurística que permite observar las diferentes modalidades históricas sobre las que se han articulado diferentes modos de relación entre el pasado, el presente y el futuro. Por ejemplo, se puede afirmar que el tiempo actual está dominado por un presente presentista en el que tiende a prevalecer un pasado ensanchado a costa de un futuro menguante. Lo cual puede explicar ese incremento en la devoción por el pasado y sus rituales, por la «memoria». Véase, François Hartog: El historiador en un tiempo presentista. En: Fernando Devoto (ed.): *Historiadores, Ensayistas, y Gran público 1990–2010*. Buenos Aires: Ed. Biblos 2010, p. 15–28. De manera más puntual se puede revisar del mismo autor: Una inquietante extrañeza. En: *Creer en la historia*. Santiago: Ediciones Universidad Finis Terrae 2013, p. 121–166. Véase además, Hans-Ulrich Gumbrecht: Nuestro amplio presente. Sobre el surgimiento de una nueva construcción del tiempo y sus consecuencias para la disciplina de la historia. En: Guillermo Zermeño Padilla (ed.): *Historia fin de siglo*. México: El Colegio de México 2016, p. 123–146.

3 Dipesh Chakrabarty: *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton: Princeton UP 2000.

4 Manuel Suárez Cortina (ed.), *Europa del sur y América Latina: Perspectivas historiográficas*. Madrid: Bibliotheca Nueva 2014. Susanne Klengel y Alexandra Ortiz Wallner (eds.): *Sur/South. Poetics and Politics of thinking Latina America/India*. Madrid, Frankfurt am Main: Iberoamericana Vervuert 2016.

5 En Fabio Wasserman, coord.: *Tiempos críticos: historia, revolución y temporalidad en el mundo iberoamericano (siglos XVIII y XIX)*. Buenos Aires: Prometeo Libros 2020, p. 19–34.

1989 relacionados con Europa, por un lado, y las crisis latinoamericanas después de las dictaduras (blandas y duras) y los militarismos, por otro lado, se abre un espacio propicio para repensar conjuntamente (salvadas la diferencias obvias de lenguas y tradiciones incubadas) el destino de la historia y los dilemas abiertos en cuanto a las formas idóneas de articular y/o re-articular las relaciones entre el pasado y el presente.

La idea de este ensayo, entonces, es, dentro de lo posible, hacer entrar en diálogo a estas dos grandes regiones del subcontinente europeo y americano alrededor de los intercambios y contrastaciones del concepto de *historia*, en su ambigüedad, como relato del pasado y como devenir. Conscientes de la envergadura del problema, este intento se realiza por lo pronto como una suerte de preámbulo metodológico de futuras investigaciones enfocadas a la comparación entre estas dos regiones. Este propósito sería posible si se parte de la premisa de que actualmente existen las condiciones idóneas para esta clase de estudios en la medida en que ambas regiones comparten situaciones afines tanto por su geografía como por su historia. Hay eventos históricos recientes que las pueden hacer ver como contemporáneas una de otra; como copartícipes de un mismo presente presentista. Pero puede haber igualmente en sus pasados eventos que pueden mostrar disonancias temporales que los hacen ver como contemporáneos. En torno a este punto aparece como central el concepto de nación o formas de identificación basados en un cierto tipo de relatos históricos. Lo importante por ahora es subrayar que ambas regiones con-viven en una etapa post-imperial que invita a su reconfiguración social en sus diversos órdenes, políticos, económicos y culturales.

Como ya se sugirió, los eventos relacionados con la caída del muro de Berlín y la desmembración del imperio soviético a comienzos de la década de 1990 pueden encontrar su correspondencia con la crisis de modelos económicos y políticos desarrollistas y progresistas cimentados en el siglo XIX del mundo iberoamericano, de modo que podrían encontrarse equivalencias funcionales entre ambas regiones como copartícipes de un mismo presente dilatado con desafíos y dilemas afines. Así como podría hablarse de la entrada en Europa oriental en un periodo posimperial y su correspondiente fragmentación y necesidad de definir sus fronteras identitarias y territoriales, del mismo modo en América Latina existirían las condiciones para repensar sus identidades después de los ímpetus nacionalistas y revolucionarios decimonónicos que les dieron forma.⁶ La entrada en un nuevo umbral de

6 Véase Anne Appelbaum: *Entre este y oeste. Un viaje por las fronteras de Europa*, trad. Francisco J. Ramos Mena. México: Debate 2023 (*Between East and West. Across the Borderland of Europe*. 1994). Ryszard Kapuściński: *El imperio*, trad. Agata Orzeszek. Barcelona: Editorial Anagrama 1994. Para el caso mexicano remito a mi ensayo *Entre futuros-pasados y futuros-presentes: reflexiones en torno a la actualidad* (en prensa).

tiempo, de tránsito entre un pasado que ya jugó sus cartas y un futuro que no termina por plasmarse, deja ver solo que nada está asegurado de antemano. Puede haber variantes restauradoras de supuestos pasados gloriosos chauvinistas y etnocéntricos, pero puede haber también otras posibilidades portadoras de otros futuros.

Una manera de introducirse a este momento posimperial es apelando a lo que sería la crisis de la historia historicista, fundamento de muchas de las variantes del periodo imperial o neocolonial, y resituar la historia en el contexto de las reconfiguraciones en curso enmarcadas por la globalización. De ahí que esta exposición está agrupada alrededor de algunos ejes conceptuales, comenzando con los que nos dan orientación geográfica, hasta aquellos que traen a la superficie algunos de los dilemas conceptuales que se enfrentan desde la historiografía en este nuevo entramado espaciotemporal.

2 ¿Norte y sur, este y oeste?

Iniciamos con una reflexión acerca de lo que puede significar pensar y repensar la historia desde América Latina. Hacerlo desde acá implica situarse necesariamente desde ese otro lado llamado «Europa»; no como una forma de esquivar el problema o de buscar reivindicaciones obsoletas. Más bien se trata de realizar un viaje de ida y vuelta entre dos hemisferios, en los que la ubicación geográfica no determina el resultado final de la operación. Y en eso Ryszard Kapuściński es ejemplar en el modo como ha situado sus correrías enmarcadas por la figura de Heródoto, que lo hace cobrar una nueva actualidad.⁷ Si nos preguntamos de qué Europa hablamos, si del este o del oeste, igualmente podemos hacerlo en relación con América, si del norte o del sur.

En estas variaciones, no obstante, reconocemos que hoy existe una Europa en proceso de reconfiguración, distinta a la surgida durante el siglo antepasado. Algo similar puede decirse con respecto al caso americano atravesado igualmente por serias tensiones y crisis periódicas, encuentros y desencuentros entre quienes habitan el norte y el sur del continente. Aunque no podemos olvidar, para entrar en materia, que solo existe la denominación *América Latina* hasta la segunda mitad del siglo XIX: una noción acuñada en la Francia de Napoleón III para contraponer racial y culturalmente a los pueblos latinos con los germánicos y anglicanos. En ese sentido, se trata de una noción que llega bastante cargada semánticamente al siglo XX.

7 Ryszard Kapuściński, *Viajes con Heródoto*, trad. Agata Orzeszek. Barcelona: Anagrama 2006.

Además, a nivel iberoamericano, su articulación atravesó también por el filtro, también cargado, del concepto de hispanidad tras la crisis del '98. Muchos de los proyectos culturales que emergerán para el nuevo siglo no estarán exentos de una carga decadentista; y que están condicionados por las diferencias que puede haber entre quienes habitan el norte y el sur, una división encuadrada por «lo cultural» que servirá de marco para el surgimiento de América Latina como área de estudio especializada contrapuesta a la América anglosajona, y que sirve de base para plantearse la pregunta acerca de si las dos américas tenían o no una historia compartida.⁸

Sin embargo, debido a su fuerte carga regionalista y etnocéntrica Horst Pietschmann advirtió con razón algunos de los peligros de situar el área de esa manera al alejarse de las tendencias globales, encerrarse en sí misma y «perder de vista los grandes temas y debates de la historia en general. . .».⁹ Si ese es el caso, entonces puede observarse la siguiente paradoja: al tiempo que América Latina se consolidaba como área de estudios en el mundo académico, Europa entraba en un proceso de descolonización y de dudas sobre sí misma, que la condujo a perder su centralidad teórica a favor de otros futuros proyectados desde la Europa oriental y la América del norte.

3 ¿Fin de las historias universales y regionalistas?

El talante autocrítico aparece en Europa con mayor claridad y énfasis a la sombra de los estragos y del reordenamiento del mundo producto de la Segunda gran guerra del siglo XX. En nuestro caso nos interesa destacar lo que puede reflejarse en la crítica a un tipo de historias y narrativas universalistas y etnocéntricas, presentes en obras como la político-antropológica de Claude Lévi-Strauss *Race et Histoire* de 1952 y la político-filosófica de Karl Popper *La miseria del historicismo* de 1957. Las considero básicas para repensar el modo como se han articulado las relaciones e interacciones entre diversas culturas atravesadas por la temporalidad. Pero también sabemos que a la par no han dejado de aparecer obras que despiertan de su letargo discursos añejos y anacrónicos con el interés de hacer resurgir o afianzar viejas utopías sobre las que se ha construido nuestra actualidad, y que en algunos casos no hacen sino reafirmar paradójicamente aquello de

8 Horst Pietschmann: El desarrollo de la historiografía sobre la colonización española en América desde la segunda guerra mundial. En: *Balance de la historiografía sobre Iberoamérica (1945–1988)*. Pamplona: Universidad de Navarra 1989, p. 81–165.

9 Ibid., p. 92.

lo que pretenden distanciarse: el pensamiento occidental como faro y luz de la humanidad entera. En cuyos sueños y promesas aparece sin duda la figura espectral de Hegel en su afán de insertar toda clase de historias en el espíritu universalista de la gran historia historicista diseñada desde Europa.

En una de sus obras dedicada a esclarecer las relaciones entre tiempo y narración Paul Ricoeur sugirió la necesidad de «renunciar a Hegel», con la salvedad de que ese alejamiento debería partir de su reconocimiento.¹⁰ De otra manera el peligro era el de repetirlo negándolo, porque, a diferencia de la crítica de mediados del siglo pasado al acusarlo de estadolatría o de haber sido causante de la emergencia de los estados totalitarios conocidos, la nueva crítica daba un paso más para escapar de sus sombras que siguen rodeando tanto a Europa como a América Latina (un lugar en primera instancia supuestamente no protagónico en la elaboración de esas utopías modernistas).

Al respecto encajan bien lecturas como las de Henri Lefebvre de 1976, *Hegel, Marx, Nietzsche (o el reino de las sombras)*, o la obra de Frantz Fanon,¹¹ un clásico de la literatura sociológica y antropológica poscolonial, cuyo análisis se funda en el principio de historicidad que afecta tanto al colonizador como al colonizado, y en el cual el principio de temporalidad no es exclusivo del discurso de la historia filosófica y universalista, sino constitutivo de los trazos que imprimen sus huellas sobre la piel de los cuerpos colonizados, así como de la sociedad de los colonizadores. De manera que pensar y repensar la historia no está condicionada y determinada solo por las coordenadas de índole geográfica. Por eso se trata de pensar América Latina en paralelo a repensar e historizar Europa.

4 Historiografía y globalización

Lo anterior cobra cierta relevancia si inscribimos dicha relación en el contexto actual de la globalización. A cuya fisonomía la distingue no la secuencialidad lineal de los procesos históricos propios del historicismo universalista, sino su dinámica de transversalidad o contemporaneidad de lo no contemporáneo. Es decir, que enfatiza y profundiza el sentimiento de interdependencia y simultaneidad temporal de cada una de las partes y regiones que conforman el sistema in-

¹⁰ Guillermo Zermeño: Between anthropology and history: Manuel Gamio and Mexican anthropological modernity 1916–1935. En: Saurabh Dube y Ishita Banerjee-Dube (eds.): *Unbecoming Modern. Colonialism, Modernity, Colonial Modernities*. Londres: Routledge 2019, p. 59–75.

¹¹ Alejandro de Oto: *Franz Fanon: política y poética del sujeto poscolonial*. México: El Colegio de México 2003.

terplanetario. Esto significaría que estamos en un punto de inflexión que afecta tanto a Europa como a América Latina a partes iguales.

Esta situación emergente multifactorial y multirregional dio lugar al surgimiento del neologismo *globalización* en la sociología de la década de 1980, que no ha dejado de afectar la reconfiguración de nuestras disciplinas. Sin tender a hipostasiarla, sabemos además que está en juego la noción de *red*, una forma metafórica para hablar del estar enredados mutuamente a ritmos cada vez más acelerados.

En este contexto, con Ingrid Simson editamos un libro sobre las relaciones entre historiografía y globalización, enfatizando la perspectiva latinoamericana. Lo hicimos con la preocupación ante la proliferación de obras históricas enmarcadas por la noción de *lo global* (a veces observando el fenómeno solo como un momento más dentro de una misma genealogía historicista), y la necesidad de destacar las diferencias que podría haber entre historia universal, *world history* y la historia global, esta última como un cambio de perspectiva, en correspondencia con la nueva reconfiguración a nivel internacional.¹²

Indicios de esta transformación están a la vista, son parte de nuestra cotidianeidad informativa, en la que lo nuevo tiende a ocultarse rápidamente en el caudal del pasado, condicionando las visiones de futuro al velocímetro impuesto por el presentismo o «actualismo».¹³ Uno de sus efectos más visibles tiene que ver con la pulverización de las previsiones que marcaron y dieron pauta a las historias universales historicistas. Con lo cual se han creado las condiciones para escribir otro tipo de historias espacio-temporales. Algunos ejemplos notables de este viraje se encuentran en obras como las de Karl Schlögel y Jeremy Brotton.¹⁴

En esta clase de «historias espaciadas» se muestra que la «historia global» más que extensión de las historias universales, significa un cambio de ángulo visual en la manera de ordenar las experiencias del pasado a la luz del presente. La experiencia de habitar en un mundo global trastoca la secuencia lineal narrativa tradicional construida a partir de un telos futurista (siempre pospuesto), para concentrarse en la

12 Ingrid Simson/Guillermo Zermeño (eds.): *La historiografía en tiempos globales*. Berlín: tranvía · Walter Frey 2020.

13 Mateus Henrique Pereira y Valdei Lopes de Araujo: Actualismo y presente amplio: breve análisis de las temporalidades contemporáneas. En: Aurelia Valero y Guillermo Zermeño (coords.): «La historia en un tiempo «presentista»» en: *Desacatos*. Revista de Antropología Social, México, CIESAS, 55, septiembre/diciembre (2017), p. 12–27.

14 De Karl Schlögel: *En el espacio leemos el tiempo: Sobre la historia de la civilización y Geopolítica*, trad. José Luis Arántgui. Madrid: Siruela 2007; y *El siglo soviético: Arqueología de un mundo perdido*, trad. Paula Aguiriano Aispurua. Barcelona: Galaxia Gutenberg 2021; Jeremy Brotton: *El bazar del Renacimiento: Sobre la influencia de Oriente en la cultura occidental*, trad. Carme Castells. Barcelona: Paidós 2003; y Jeremy Brotton: *A history of the world in twelve maps*. London: Penguin Books 2013.

descripción de sucesos que ocurren en simultaneidad en diferentes espacios.¹⁵ Ahí se delinean diferentes clases de experiencias en su singularidad, tomando como referente la marca de un tiempo cada vez más homogéneo.

¿Qué clase de operación se realiza cuando se intenta entrecruzar tiempo y espacio? En principio sabemos que los restos del pasado pueden agruparse cronológicamente, de lo más antiguo a lo más reciente, un hecho después de otro, y así sucesivamente hasta completar una línea completa del tiempo. Pero puede darse un paso más si esos hechos se relacionan entre sí y se ordenan en términos de causalidad. Esto es posible si quien los ordena cuenta de antemano con un principio preexistente que los integre en un todo explicativo que provoque el entrecruzamiento de hechos en sí mismos singulares, diversos e irreversibles. Para dicho efecto se requiere que exista un observador omnisciente capaz de conocer el principio y el término de cada una de las acciones de antemano. Tal sería el caso y privilegio del historiador ordinario. Esta clase de narraciones explicativas contiene un grado de mayor complejidad y alcance que las puras relaciones de carácter cronológico y ha sido dominante durante el auge de las historias nacionales enmarcadas por el régimen moderno de historicidad.

Pero puede darse, no obstante, otra forma no diacrónica de organizar los hechos históricos: aquella que pone mayor énfasis en las relaciones de sincronía y simultaneidad de los hechos ocurridos. Es decir, que incluye a su perspectiva la dimensión de la transversalidad, que excluye la perspectiva meramente lineal para eventos que ocurren en forma paralela, sin entrecruzarse, y que se ha visto en parte potenciada con el desarrollo de la tecnología cinematográfica.¹⁶ Desde la óptica del espectador o lector éste puede ver cómo se desarrollan dos acciones o más en diferentes espacios al mismo tiempo. En este caso, los hechos no se agrupan linealmente, uno detrás de otro, sino poliédricamente. Aquí cobra un mayor peso el lugar donde se desarrollan las acciones, y el tiempo tiende a reducirse al mínimo. En ese sentido, este ordenamiento de los hechos no sigue la cronología natural del tiempo; domina más bien la lógica de sujetos y objetos visualizados en simultaneidad. Sin embargo, esta perspectiva no es posible si *la secuencia cronológica temporal* no se *interrumpe* y queda subsumida en una óptica no secuencial. Esta forma interrumpe, por así decirlo, el tiempo al hacer un corte dentro del mismo tiempo. Sólo así puede mirarse algo como parte de otra cosa y abrirse a la posibilidad de la

15 Henning Trüper/Dipesh Chakrabarty/Sanja Subrahmanyam (eds.). *Historical Teleologies in the Modern World: Europe's Legacy in the modern World*. London: Bloomsbury 2015.

16 Un buen ejemplo es el experimento de Hans Ulrich Gumbrecht: *Living at the edge of time*. Cambridge: Harvard UP 1997. Existe una versión en español: *En 1926. Viviendo al borde del tiempo*, trad. Aldo Mazzucchi. México: Universidad Iberoamericana 2004.

historia comparativa: comparar sucesos diferentes y observarlos integralmente como parte de una misma secuencia, sin menoscabo de su especificidad.

5 El historicismo historiográfico: una revisión

El cronotopo historicista presupone una práctica cultural específica: el acto de escribir, que presupone a su vez, el acto de leer. Contiene un doble poder: el de representar el pasado (dimensión simbólica) y el de movilizar, anímica y políticamente, a sus receptores (dimensión político-pragmática). Su emergencia supuso la transformación de un *arte* de historiar (*ars historica*), de cuño renacentista,¹⁷ en una ciencia explicativa del pasado con capacidad de predecir o anticipar el futuro.¹⁸ Dada su naturaleza, esta escritura ha funcionado a la vez como memoria, recuerdo y ejemplo, distinguiéndose de las meras inscripciones. Y su estructuración sigue las reglas del arte de la retórica.¹⁹ No se nace historiador, se aprende el arte de la historia.

Con este precedente, Reinhart Koselleck advirtió que en la historiografía europea del siglo XVIII las dimensiones diacrónica y sincrónica en las formas de narrar tendían a conjuntarse.²⁰ Esto significaba que las formas acostumbradas de narrar las historias ajustadas al *ars historica* se estaban transformando. Una historiografía fuertemente moralizante estaba siendo sustituida por un nuevo concepto de Historia que reunía a la vez en un todo un tiempo fluido (la historia como proceso) y un tiempo condensado (la historia como un saber del pasado). En este contexto, el tiempo religioso, providencialista y escatológico, iba dejando de ser la única pauta de ordenamiento de los sucesos del pasado. El tiempo serial cronológico iba quedando asimilado al transcurrir del pasado, incorporando a su vez la dimensión de un futuro abierto de carácter impredecible.

Esta manera de operar de la historia y la historiografía puede verse también para el mundo iberoamericano.²¹ Se ha mostrado que, años más o años menos, se

17 Anthony Grafton. *What was History? The art of history in early modern Europe*. Cambridge: Cambridge UP 2007.

18 Guillermo Zermeño Padilla: De la historia como un *arte* a la historia como una *ciencia*. En: *Historias conceptuales*. México: El Colegio de México 2017, p. 67–124.

19 Matthew Kempshall: *Rhetoric and the writing of history: 400–1500*. Manchester: Manchester UP 2011.

20 Véase en particular, Reinhart Koselleck: *historia/Historia*, traducción e introducción Antonio Gómez Ramos. Madrid: Trotta 2004.

21 Javier Fernández Sebastián: Hacia una historia Atlántica de los conceptos políticos. En: Javier Fernández Sebastián (dir): *Diccionario político y social del mundo iberoamericano: La era de las*

fue dando un proceso comparable al europeo. Durante el lapso de 1750 y 1850 pudo advertirse cómo la forma tradicional de ordenar los hechos (que presupone ya la distinción entre fábula e historia basada en la crítica textual), influenciada por el arte de la retórica (técnica por la cual las narraciones cumplen funciones soteriológicas, jurídicas y edificantes),²² iba cediendo paso a otra forma de articular dichas relaciones. Dicho sintéticamente, esa nueva forma se estaba articulando alrededor de la nueva noción de *historia contemporánea*, ausente durante el periodo anterior.²³ Para salvar ciertos equívocos, hemos de insistir en que esta transformación sólo era legible en el ámbito donde circulan las informaciones letradas. Para Iberoamérica, se puede identificar la incorporación de este cronotopo historicista hacia el decenio de 1826–1836, que sienta las bases para elaborar narrativas generales de las nuevas entidades políticas, que incluían a la vez la dimensión del pasado como la del futuro.²⁴ En estas escrituras se ve ya la voluntad de trazar una historia «filosófica» de la nación, de lo sucedido y de lo que puede o debería de suceder;²⁵ de carácter teleológico a partir de un concepto naturalista y, hasta cierto punto, providencialista, de la historia. Tanto el individuo como el género humano aparecen como dueños y esclavos a la vez de un destino prefijado, no inspirado salvíficamente, sino alentado por un futuro promisorio de felicidad y progreso constante, mediante el ejercicio de las «revoluciones».²⁶

revoluciones, 1750–1850, [Iberconceptos-I]. Madrid: Fundación Carolina/Centro de Estudios Políticos y Constitucionales/ Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales 2009, p. 25–45.

22 Alfonso Mendiola: *Retórica, comunicación y realidad. La construcción retórica de las batallas en las crónicas de la conquista*. México: Universidad Iberoamericana 2003.

23 El bosquejo de esta historia puede seguirse en Éliane Martin-Haag: *Les lumières françaises et l'histoire*. En: Gilles Marmasse (dir.): *L'Histoire*. Paris: Vrin 2010, p. 53–74.

24 Sobre la evolución del concepto «historia» en Iberoamérica, véase Javier Fernández Sebastián (dir.): *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750–1850*, [Iberconceptos-I]. Madrid: Fundación Carolina/Centro de Estudios Políticos y Constitucionales/ Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales 2009, p. 549–692.

25 El término que relaciona historia con filosofía aparece por primera vez en la reseña de Voltaire de 1764 del libro de David Hume *Complete history of England* y apunta al esclarecimiento del desarrollo de la humanidad en su conjunto. Es posible que su aparición coincida precisamente con el concepto de Historia (con mayúscula) entendida como singular colectivo. Todavía Herta Nagl-Docekal en *Der Sinn des Historischen. Geschichtsphilosophische Debatten* (Fischer Verlag 1996), se pregunta si hoy es posible o no la filosofía de la historia. Por el contrario, el pensador alemán Odo Marquard dejaba ver en diversos ensayos las dificultades actuales para mantener dicha denominación. *Dificultades con la filosofía de la historia. Ensayos*, tr. Enrique Ocaña. Valencia: Pre-Textos 2007.

26 José María Luis Mora (1836): *México y sus revoluciones* (3 vols.), ed. y prol. Agustín Yañez. México: Editorial Porrúa 1977.

Se puede advertir que esta nueva noción de historia está cerca de la economía política diseñada por Humboldt.²⁷ Ahí no aparece la fórmula piadosa de la historia como maestra de los tiempos porque en su diagnóstico final prevalece la noción de crisis o estado transitorio: el pasado es irreversible, pero tampoco se tiene la certeza de lo que pasará. Es la fórmula más próxima a un debilitamiento del concepto clásico de historia.

No me detengo en el análisis de la nueva retórica utilizada para poner por escrito esta clase de narraciones.²⁸ Me remito al trabajo analítico realizado por Hayden White en *Metahistoria* en el que da cuenta de la historiografía europea del siglo XIX.²⁹ Sólo menciono el llamado público durante este periodo para que los nuevos historiadores de la nación –independientemente de su condición social– acudan «infatigablemente a las bibliotecas y los archivos» y consulten «los documentos de todas clases», los ordenen «con paciencia» y den nuevo «espíritu a aquellos huesos áridos y esparcidos» y puedan «reanimar cualquier época de los siglos pasados, de suerte que la muestre como fotografiada. . .».³⁰ De suerte que para finales del siglo antepasado era un lugar común hablar de la ciencia de la historia entendida como una de las palancas del progreso.

Lo anterior es solo un pequeño esbozo de la emergencia en México y en nuestros países iberoamericanos del cronotopo historicista, cuyas narrativas están guiadas por el principio de la diacronía y la sincronización espacial (que conjuga estructura y acontecimiento) y que puede sintetizarse alrededor de la fórmula acuñada por Benedetto Croce: al final toda historia es *historia contemporánea*.

27 Mora, *México y sus revoluciones*, t. I, p. 470–471; Alejandro de Humboldt [1805]. *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, 2ª. Edición corregida y aumentada, traducción de Vicente González Arnau. París: Casa de Jules Renouard 1827.

28 Apoyada en las virtudes anunciadas del periodo clásico, de imparcialidad y objetividad, amor a la verdad y claridad en la expresión.

29 Hayden White: *Metahistory: The historical imagination in nineteenth-century Europe*. Baltimore: The Johns Hopkins UP 1973. Existe la versión en Español: *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. Stella Mastrangelo. México: FCE 1992.

30 Guillermo Zermeño: Ciencia de la historia y nación en México, 1821–1910. En: Sandra Carreras y Katja Carrillo Zeiter (eds.). *Las ciencias en la formación de las naciones americanas*. Berlín: Iberoamericana Editorial Vervuert 2014, p. 57–90.

6 El historicismo y su crisis

Sería ilusorio querer disponer de una descripción o sintomatología completa de la crisis del cronotopo historicista.³¹ Sólo tenemos indicios y tenemos que dejar fuera además los avatares de la ciencia de la historia durante la fase de la conversión de la historia en una profesión.³² Sin embargo puede solo mencionarse que, debido a la división social del trabajo académico, el *espacio* tendió a quedar en manos de los geógrafos y agrimensores, y el *tiempo*, en manos de filósofos en primera instancia. Sin desconocer los intentos del estructuralismo braudeliano para reunirlos de nuevo alrededor de una ciencia de la historia entendida como una ciencia de la sociedad, cuya crítica y crisis a partir de la década de 1960 son en sí mismos indicadores de la crítica y crisis del cronotopo historicista.³³ Dicha «crítica» se encuentran también en los primeros trabajos de Michel Foucault.³⁴

De los años sesenta del siglo pasado hasta nuestro presente sabemos que han ocurrido muchas cosas en la el campo intelectual. Hay historias de toda clase en todos los ámbitos disciplinarios. Desde los «cataclismos» (Dan Diner),³⁵ hasta las revisiones y la crítica política, sociológica, histórica y filosófica de los historicismos del siglo XIX. La escuela de Frankfurt, Karl Popper, Raymond Aron, Husserl, Heidegger, Gadamer, Octavio Paz. . . por mencionar algunos nombres. Y no obstante, a pesar de la crítica ideológica del historicismo, para una parte de la intelectualidad de la guerra fría, las expectativas de un futuro perfectible, desarrollista y hasta revolucionario, siguieron vigentes; es decir, con capacidad para alimentar y llevar adelante acciones e iniciativas de todo tipo, incluyendo una relación particular con la historiografía. El ejercicio de la «crítica» estaba todavía alimentado por la conciencia de la posibilidad de cambiar y de estar cambiando el mundo en el día a día. Se trata, obviamente, de la Historia (mayúscula) convertida durante el siglo XIX en un gran tribunal de justicia; se trata de las acciones humanas pertenecientes a un

31 Esfuerzos de esta índole se encuentran en H. U. Gumbrecht: *Lento presente. Sintomatología del nuevo tiempo histórico*, prol. José Luis Villacañas. Madrid: Escolar y Mayo 2010. La versión alemana: *Unsere breite Gegenwart*. Frankfurt am Main: Suhrkamp 2010.

32 Otto Gerhard Oexle: *L'historisme en débat: De Nietzsche à Kantorowicz*. París: Aubier 2001. Una semblanza de este proceso se puede seguir en Arnaud Dewalque: *Le tournant épistémologique. De la philosophie de l'histoire de Ranke à Heidegger*. En: *L'histoire*. París: Vrin 2010, p. 155–175.

33 François Dosse: *L'histoire en miettes: Des Annales à la «nouvelle histoire»*. París: La Découverte 1987, 2005.

34 Judith Revel ilustra la trayectoria de Foucault en: *Historicisation, périodisation, actualité*. Michel Foucault et l'histoire. En: *L'histoire*. París: Vrin 2010, p. 187–207.

35 Dan Diner: *Das Jahrhundert verstehen, 1917–1989: Eine universalhistorische Deutung*. Colonia: Pantheon 2015.

tipo de experiencia temporal particular tamizada por un nuevo sentido de la historia. Tuvieron que darse otros acontecimientos, en cierto modo inesperados, como la caída del muro de Berlín a fines de 1989, la Glasnot y la Perestroyka en la antigua Unión Soviética, para que esa Historia comenzara a perder su peso tradicional.

La crisis se evidencia precisamente cuando esas expectativas de futuro o utopías modernistas comenzaban a debilitarse o «nublarse».³⁶ Conforme el siglo XX llegaba a su término y la geografía del globo terrestre se reconfiguraba, incluyendo la europea, las relaciones de tiempo tradicionales han acabado por invertirse: a un futuro cada vez más estrecho y limitado o amenazador le corresponde ahora un ensanchamiento del pasado. Incluso, si hay nuevos pasados y futuros, estos ya no corresponden con las expectativas de quienes habitaron los siglos XIX y parte del XX. Sus expresiones son visibles en los modernismos arquitectónicos y artísticos de principios del siglo XX, y en la dinámica de la moda, paradigma de la modernidad. En general, los presentes en clave futurista han acabado por adoptar las modalidades de lo atemporal o de la moda retro. Siguen alimentándose de las tradiciones incubadas en el pasado. Si bien es importante enfatizar lo siguiente: se trata fundamentalmente de tradiciones fabricadas durante el siglo de oro del cronotopo historicista. De ningún modo se relacionan con supuestas prácticas ancestrales, a no ser que se trate de lugares aún no tocados por la Historia y la civilización moderna occidental. En ese sentido, buena parte de la crítica postcolonial o crítica a un supuesto *eurocentrismo*, no deja de ser una bella ilusión que se desploma en el mismo momento en que busca situarse dentro de las mismas coordenadas de las utopías fabricadas por el occidente cristiano o poscristiano.

Por otro lado, esta crisis conlleva un segundo efecto en cuanto a las relaciones entre el espacio y el tiempo. Si en el modelo historicista la *historia contemporánea* era el espacio idóneo para la simultaneización o sincronización de eventos no simultáneos o asincrónicos, sin evitar una secuencialidad narrativa lineal y progresiva; en una situación como la actual, dominada por el *presentismo*, tiende a observarse una especie de retorno de la espacialidad a la historiografía en detrimento del tiempo historicista. Este retorno representa la condición de posibilidad para el trazo de otras estructuras narrativas dominadas por la transversalidad y la fragmentación.

En la medida en que la sucesión de los hechos tiende a acelerarse, a ritmo de ráfagas ininterrumpidas, en lapsos cada vez más acortados, en esa medida, el tiempo histórico acostumbrado tiende a desaparecer. Esta dinámica fue metafórica hecha tiempo por Marshall Berman bajo la fórmula de que en la modernidad *todo lo sólido* tiende a desvanecerse *en el aire*; o que el sociólogo recién fallecido,

36 Octavio Paz: *Tiempo nublado*. México: Seix Barral 1985.

Zygmunt Bauman, bautizó como de *modernidad líquida*. En ninguna parte se hace más visible esta dinámica de aceleración que en Silicon Valley, lugar de producción de nuevas tecnologías de comunicación que afectan se quiera o no a la población global. Dentro de la dinámica de la sociedad de consumo contemporánea, se trata de producir futuros que casi en el mismo momento que se realizan, se vuelven pasados.

Así, mientras Koselleck identificó todavía a la modernidad construida bajo la lógica temporal de *futuros pasados*, a esta nueva lógica de las relaciones espacio temporales se le podría denominar como hecha de *pasados futuros*. Lo cual, teniendo en cuenta la aceleración del tiempo, contiene un aspecto paradójico señalado por Gumbrecht: el de la sensación de estar inmersos en un tiempo de extrema lentitud o de pasados que nunca terminan de pasar.

Una de sus expresiones, aunque sea en su modalidad virtual, es el de la transversalidad o capacidad de entrecruzamiento de dos líneas en el tiempo observables cuando se cuenta con una perspectiva espacial; es decir, la idea de conectarse desde el espacio propio con otros espacios distantes, produciéndose un efecto de presentificación o de un tipo de *contacto* emocional particular. Sin embargo, esta forma de contacto comunicativo contiene la ambigüedad propia de las comunicaciones virtuales propias de los medios de comunicación de masas. Estas conexiones que, no por ser virtuales no son menos reales, no hacen sino profundizar la brecha entre las experiencias vitales y corporales de los individuos y sus experiencias virtuales o posibles; es decir, que no dependen de la ley de la gravedad impuesta por los lugares espaciales habitados. Esta situación – que escinde al individuo y la sociedad – ya había sido apreciada y reflexionada al momento de aparecer el cronotopo historicista desde la perspectiva del romanticismo.

Asimismo, los efectos de la transformación de la experiencia moderna del tiempo son visibles en la historiografía, en particular en cuanto al ordenamiento y exposición de lo que pasa en el tiempo mediante el arte de la narración, y además son visibles especialmente en el campo de la literatura, en donde sus linderos tradicionales han perdido vigencia. Una muestra reciente de ello, por ejemplo, la tenemos con la entrega del premio nobel de literatura a un cantautor. El primer sorprendido fue el mismo premiado, Bob Dylan. Un arte dirigido a la lectura fue otorgado esta vez a los amantes de la radio y de los discos, al arte del sonido. Todo un equívoco productor de nuevos sentidos, para perplejidad de puristas y fundamentalistas. En el campo de la creación literaria algunos de estos cambios fueron visibles durante el periodo de la crítica al clacismo modernista, si bien todavía se movían bajo los clichés de las utopías modernistas o vanguardias. Actualmente algunos de los últimos defensores del canon clásico literario, como Harold Bloom o Mario Vargas Llosa, califican a la nueva generación de escritores e historiadores como *posmodernistas*. Una noción que circula en ambos campos con una carga más bien peyorativa, y que en

nuestro caso habría que tomarla sólo como un síntoma de la reconfiguración de las relaciones entre dos formas distintas de narrar o de dar cuenta de la experiencia humana, la historiográfica y la literaria, derivadas del nuevo entramado de las relaciones de temporalidad.

Uno de sus efectos en la historiografía, lo constituye en especial la crisis de las narrativas lineales, universalistas y teleológicas, dominantes durante el periodo modernista, temprano o tardío. Surge también como reacción a su incapacidad de rescatar la experiencia *realmente sucedida* (tal como aspiraba la historia convertida en una ciencia del hombre), lo cual es un asunto, desde luego problemático, y que ha sido reflexionado crítica y ampliamente, entre otros, por H.G. Gadamer y Paul Ricoeur, y que tal vez no tenga una salida satisfactoria, pero que en las exploraciones recientes tiende a estar orientado por la reivindicación y el elogio del fragmento y lo aleatorio, como clave del nuevo modo de contar y escribir historias.

La nueva tendencia se podría justificar a partir del siguiente postulado tomado de la teoría de los sistemas sociales. Los individuos – hombres y mujeres – entendidos como unidades concretas, empíricas, viven y actúan al mismo tiempo, en simultaneidad; pero también lo hacen supeditados a horizontes temporales diferenciados, en la medida en que sus pasados y sus futuros no son coincidentes. Simultaneidad espacial y no simultaneidad temporal son las dos medidas por las que transcurre la historia. Si esto es así, entonces la identificación del orden social y su funcionamiento – objetivo de la ciencia histórica – debería ser comprendido y explicado no sólo en términos de una secuencia narrativa lineal (que simultaneiza lo no simultáneo), sino también en términos de una representación que admita la dimensión de lo simultáneo.³⁷ Como sabemos, el primer nivel sigue dominando hasta ahora en la representación histórica. Pero, la crisis del cronotopo historicista, ha abierto la posibilidad para el desarrollo de narrativas acordes con el segundo elemento de la ecuación historiográfica.

Considerando que la historiografía convencional ha privilegiado un tipo de narración lineal que se centra en el entramado de eventos no simultáneos en términos de relaciones causales, y que también se debería incluir la dimensión de la simultaneidad de todo evento transcurrido en un presente, entonces una buena representación del pasado debería abarcar la doble dimensión de lo simultáneo y lo no simultáneo a la vez. La crisis de la narración vista a la luz de la crisis del cronotopo historicista y su crítica significa así poner a la hermenéutica también en crisis, en la medida en que ésta ha servido de fundamento a las explicaciones

37 Niklas Luhmann: *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, trad. Silvia Pappe y Brunhilde Erker bajo la coordinación de Javier Torres Nafarrate. México: Universidad Iberoamericana/Alianza 1984.

que proponen los historiadores por medio de narraciones basadas sobre todo en la no simultaneidad.

7 Para concluir

En relación con el concepto de Historia, Iberoamérica dependió en sus inicios de un sector del occidente europeo, así que se trata de la transformación de una práctica historiadora que, en principio, no es de cuño americano, y menos autóctona. Se trata en esencia de una invención histórica moderna surgida entre los siglos XVIII y XIX. Se trata de un concepto que migró a Iberoamérica y se asentó durante el periodo de la constitución de las naciones estados modernas.³⁸ En una segunda instancia, y gracias a la crisis del cronotopo historicista, se han creado las condiciones para observar su emergencia y apropiación en suelo americano como un concepto global, que puede ir de un lugar a otro, en completa simultaneidad. En ese sentido, la crisis del cronotopo historicista ha creado las bases para hacer comparables modos simultáneos a la vez que diferentes de inscribir el tiempo en la historia, en un juego de coincidencias y divergencias constantes. La emergencia de un nuevo cronotopo *presentista* es sólo el comienzo de nuevos cuestionamientos y desafíos para la historia en la que estamos inmersos y practicamos. Significa la entrada en una nueva complejidad que conviene ser examinada e iluminada.

En este lapso parecería, sin embargo, que existe un cierto consenso en torno a que Latinoamérica dejó de tener el peso *académico* a nivel global; y que ese hueco ha sido ocupado por un cierto tipo de utopías o ideologías modernistas y universalistas marcadas por el pasado; que llevan incluso a la consideración de que América es y sigue siendo el lugar de la redención de los pecados de Europa. Podemos pensar en la utopía franciscana del siglo XVI o dominica en la que aparecen figuras como Fray Bartolomé de las Casas o Vasco de Quiroga, con el fin de marcar la supuesta excepcionalidad u originalidad histórica de esa parte del hemisferio.

En ese sentido, en medio de la crisis se continúa en muchos aspectos con un tipo de recepción historiográfica relacionada con el proceso de colonización y civilización de la conquista del XVI cuando se asimilan y traducen las otras culturas en términos del mismo nicho civilizatorio de Occidente. Lo no familiar en lo propio o europeo. De forma similar a como hicieron los griegos en relación con los

38 Olivier Christin (dir.). *Dictionnaire des concepts nomades en sciences humaines*. París: Métailié 2010.

escitas de las riberas del mar negro cuando integraron discursivamente a los bárbaros en la Helade o *polis* ateniense.³⁹

Estas reacciones parecen suceder en un momento en el que por razones sistémicas o globales está teniendo lugar una crisis o reconfiguración de nuestros saberes, cuando se tiene que preguntar nuevamente y de manera más radical acerca de sus presupuestos y justificación, de sus límites y alcances, tanto sociológicos como cognitivos. Estas cuestiones afectarían por igual a las dos partes, en la medida en que invitan a reconfigurar el binomio tradicional centro-periferia. De tal modo que, a diferencia del lapso anterior en el que los centros de poder académico eran perfectamente identificables, actualmente es difícil seguir sosteniéndolo. Incluso, cuando podemos añadir que dicha relación centro-periferia, de colonizador-colonizado, tiende a reproducirse a nivel interno o local. Esta pérdida de centralidad y emergencia de un mundo policéntrico daría lugar, en efecto, al establecimiento de relaciones inter-académicas, inter-nacionales e intra-nacionales más fluidas y menos jerarquizadas.

En el pasado los principales centros académicos se significaban por ser los proveedores de las grandes teorías y claves interpretativas de los procesos sociales e históricos. Las nuevas condiciones, empero, de manera silenciosa, pero sobre todo a la luz de la crisis global, han trastocado las líneas de suministro, transmisión y ensamblaje del conocimiento incubadas durante la guerra fría, reflejadas en el peso dado todavía a las historias nacionales de corte universalista.

Expresión de este viraje se dio cuando las nuevas generaciones dejaron de formarse en el círculo tradicional de los mexicanistas, latinoamericanistas o hispanistas. Lo cual no implica su desaparición, pero sí la apertura a otra clase de relaciones académicas bajo el impacto de académicos y especialistas que no se significan por su pertenencia a un lugar particular (francés, alemán, colombiano, brasileño), sino por el tipo de cuestiones abiertas, de orden histórico y epistemológico.

Ser mexicanista o latinoamericanista, o perteneciente a una especialidad regional, dejó de ser la única la puerta de entrada para establecer vínculos académicos con especialistas de otras disciplinas o regiones; convocados más bien ahora por problemas relacionados con la *historia sin más*; como lugar o plataforma principal de encuentro, de flujos informativos y de crítica investigativa. Lo anterior no tuvo su origen en un cálculo prediseñado, sino fue el resultado de acontecimientos inesperados o no previstos del todo que vinieron a marcar un presente en marcha e incierto, vislumbrado como amenaza y como posibilidad.

En un intento final de atar la urdimbre de este texto diría que la cuestión de la teoría de la historia en un contexto posthistoricista presupone, al menos, dos

39 Neal Ascherson: *Black sea: The birthplace of civilization and barbarism*. Londres: Vintage 1995.

distinciones fundamentales. Primero, la que hay entre historia como acontecer e historiografía como una forma particular de dar cuenta de lo ocurrido; y segundo, la que existe entre historia y memoria. Ya que en medio se atraviesa la diferencia que hay entre el tiempo real, el de cada instante, el del ahora, y el tiempo historiográfico o narrativo, propio de los cronistas, analistas o historiadores.

A su vez, la teoría de la historia como una forma de reflexión de segundo grado a partir de la misma práctica historiadora, viene a sustituir a aquella práctica subsumida en la fórmula ambigua de *filosofía de la historia*; una forma, mediante la cual la historia delegaba a disciplinas afines los esfuerzos de justificación y fundamentación de su praxis como actividad científica o filosófica.

Esto significa que la historia se hace cargo de su propia praxis (un conjunto de operaciones y lenguajes) y se plantea el problema fundamental del tipo de representaciones sobre el pasado que realiza, ancladas siempre en un presente móvil, fugitivo, a la vez que situado. Así, desde la reflexión crítica, se deslinda de las filosofías historicistas teleológicas. Este gesto simple abre la compuerta para compartir un mismo piso, una misma agenda de problemas, con iniciativas provenientes de otras tradiciones, de otras lenguas. Por eso, al contraponer Europa y Latinoamérica habría que destacar su porosidad debido al abundante flujo migratorio de ideas y los modos peculiares de apropiación.

Pensadores como H. G. Gadamer pueden venir en nuestra ayuda con su propuesta de fundar una nueva hermenéutica ajustada a los desafíos que tenemos como humanidad; para traspasar el umbral de las viejas dicotomías de estar dentro y fuera, incluidas las dimensiones continentales, e incluso los contrastes entre los del norte y los del sur, los del este y los del oeste. La necesidad de tender puentes entre regiones era antes impensable, explicable solo si detenemos nuestro ojo ante el fenómeno de la globalización, sin reducirlo a una explicación meramente economicista. Ya que en juego está su impacto en la organización de nuestras disciplinas, pero sobre todo en la forma como se establecen las relaciones entre diferentes regiones y culturas, marcadas por el tema de la alteridad radical. Reconocer este punto de partida implica el fin de la historia universal al modo hegeliano, y la apertura a otros modos de relación allende la cuadrícula de los países centrales y periféricos, de los avanzados y los atrasados; de los elegidos y los *condenados de la tierra*.

Teórica e historiográficamente el eurocentrismo dejó de ser el problema principal desde hace tiempo. El problema actual más bien tiene que ver con todas las clases de etnocentrismos, indigenismos, autoctonismos, victimismos e ideologismos, que solo, como cortinas de humo, tienden a posponer los verdaderos problemas de la humanidad: el de la comprensión de la historia y sus contingencias.